

*Torres Villarroel y los almanaques.
Literatura, astrología y sociedad en el siglo XVIII*

FERNANDO DURÁN LÓPEZ Y ANA ISABEL MARTÍN-PUYA (EDS.)

Madrid, Visor Libros, 2022, 679 pp.

Torres Villarroel y los almanaques. Literatura, astrología y sociedad en el siglo XVIII es un muy digno broche para el fructífero Proyecto de Investigación *Almanaques literarios y pronósticos astrológicos en la España del siglo XVIII: estudio, edición y crítica* (Plan Nacional, 2018-2021). Se sitúa, pues, en la estela que ya había iniciado Fernando Durán López —IP del proyecto— con su *Juicio y chirinola de los astros. Panorama literario de los almanaques y pronósticos astrológicos españoles (1700-1767)* (Trea, 2015) y que pronto se consolidaría a través de numerosos artículos en revistas especializadas y trabajos —solo vamos a citar algunos— como el libro del propio Durán López *De las seriedades de Urania a las zumbas de Talía. Astrología frente a entretenimiento en la primera mitad del siglo XVIII* (Trea, 2021), el volumen colectivo *Tras las huellas de Torres Villarroel. Quince autores de almanaques literarios y didácticos del siglo XVIII* (Iberoamericana/Vervuert, 2022, ed. Durán López),

o *Celestiales desatinos. Antología de almanaques literarios del siglo XVIII (1733-1767)* (Trea, 2022, ed. Eva María Flores Ruiz).

La obra que nos ocupa representa, pues, el último fruto de un proyecto para cuyo colofón se convocó en octubre de 2021, en Cádiz, un Congreso Internacional donde expertos de diversos ámbitos compartieron enfoques e intereses, a fin de “beneficiarse de las miradas a las que uno solo, o varios, no llegan” (p. 13), porque el estudio de los almanaques —género profundamente conectado con múltiples campos del saber— exige dicha perspectiva multidisciplinar. Así lo muestra *Torres Villarroel y los almanaques...*, que recoge, debidamente ampliados y elaborados —gracias a una cuidadosa labor de edición— las ponencias que se presentaron en este encuentro académico, a fin de iluminar una senda de la historia cultural del siglo XVIII hasta ahora poco transitada por la crítica, cuando no víctima de incomprensiones y prejuicios.

Como otros títulos de la colección “Biblioteca Filológica Hispánica” de la editorial Visor —y comenzamos con los aspectos materiales del volumen—, *Torres Villarroel y los almanaques...* se define por un formato cómodo y manejable —impagable, en este sentido, el tamaño A5—, pese a su grosor. Su cubierta, de diseño sencillo y elegante, refleja un estilo clásico, acorde con el tono académico de la obra, aunque la ilustración elegida por la editorial, si bien atractiva, no conecta del todo, en lo que a cronología se refiere, con el contenido —bien lejos queda este sujeto de los almanaqueros cuyos retratos ilustran algunos pronósticos del XVIII—.

La obra contiene 24 estudios interdisciplinarios distribuidos en cinco bloques, titulados con tecnicismos propios de la astrología. “Torres Villarroel en el ascendente” (pp. 17-132) constituye la primera sección, dedicada a profundizar en la figura del almanaquero más influyente en España mediante diversos asedios que analizan su relevancia y legado. Torres convirtió los almanaques en un género literario mediante la incorporación de algunas innovaciones —en la línea de lo que se estaba haciendo en Europa— que, a su vez, dan cuen-

ta de la construcción de su perfil autorial. Así, desde sus primeras entregas se advierten los elementos germinales de su identidad, marcada por un inconfundible estilo, como se destaca en el estudio que abre la obra (Ruiz Pérez), cifrado en el análisis de sus primeros almanaques (1719-1723). Entre las innovaciones que Torres introduce, y que se compilan en este primer bloque, destacan el acercamiento al género dramático a través del reciclaje de títulos de comedias, al estilo de la moda literaria (Bolaños Donoso), la incorporación de poemas con una singular visión del sujeto poético (García Aguilar) o la presencia de la astrología integrada en un ámbito temático más amplio: la construcción de su propio personaje (González Verdasco). También a esta primera producción pertenece uno de los almanaques torresianos más célebres y el que marcaría, precisamente, su perfil popular; a partir de 1724 Torres se convirtió, para sus contemporáneos, en el artífice de la predicción de la inesperada muerte del joven Luis I (Gernot Kamecke).

Sin embargo, sus innovaciones no estuvieron exentas de polémicas, como la surgida entre 1726 y 1729 en torno a la validez de la astrología y su utilidad en el cam-

po de la medicina, abordada en el segundo bloque del volumen, “La astrología en el descendente” (pp. 133-230). Se incluyen aquí estudios que analizan desde distintas laderas, esta controversia entre médicos, astrólogos y escritores célebres como Feijoo, Martín Martínez o el propio Torres Villarroel. Muy convenientemente se despliegan, por un lado, los intentos de defensa y renovación de la astrología por Gonzalo Antonio Serrano (Galech Amillano) y Torres Villarroel (Martínez Torres); y, por otro, las críticas a tales posturas en el contexto de las ideas ilustradas de la época, representadas por figuras como Martín Martínez o Feijoo (García López; Martínez Menéndez).

A lo largo del siglo XVIII, la astrología quedó progresivamente relegada al ámbito de lo natural, apartándose de los espacios académicos y viendo cuestionada su utilidad. Esta caída —evolución e impacto del contexto ilustrado en la publicación y difusión de los almanaques—, reflejada en el mundo de la imprenta, se analiza en el tercer bloque del libro: “Materialidades del medio cielo” (pp. 231-398). Los primeros estudios de esta sección reflejan cómo, a comienzos de la centuria y fruto del éxito y demanda de este tipo de publica-

ciones (Gimeno Puyol), España experimentó un incremento en el número de almanaquistas, liderados por Torres (Buiguès), albergando ya incluso a varias plumas femeninas (Contreras Mira). Los almanaques, entonces, devinieron un producto editorial extremadamente rentable que alcanzaría a amplias capas de la sociedad, también a las menos letradas, atraídas por su utilidad práctica y el halo de misterio que rodeaba a sus predicciones (Gomis Coloma). No obstante, y como bien señala Durán López en el último artículo de este apartado, con el Decreto de Carlos III en 1767, cuyo objetivo era erradicar los elementos de la astrología judiciaria, otorgando a los almanaques un tono más sobrio y científico, se produjo un efecto negativo sobre la demanda, ya que, privados de sus elementos de entretenimiento y fantasía literaria, dejaron de captar el interés del público, lo cual se tradujo en un notable descenso de su producción y en su marginación dentro del mercado.

El género se dio por cerrado en 1782, sin continuidad hasta su resurgimiento en el siglo XIX bajo parámetros bien distintos. Sin embargo, a pesar de su interrupción, los almanaques dejaron una huella significativa tanto en la cultura

como en las publicaciones posteriores. Algunos aspectos específicos de sus contenidos, así como las desviaciones del modelo, que sirvieron de plataforma para otros muchos tipos de publicaciones, se incluyen en el cuarto bloque, “Pisando el fondo del cielo” (pp. 399-512). Así, se analiza ahora cómo la literatura de costumbres había encontrado acomodo en los almanaques (Álvarez Barrientos), la incorporación cada vez más frecuente de poemas a partir de la influencia de Torres, que condujo a su fortuna editorial y facilitó la entrada en la profesión astrológica de escritores (Martín-Puya), la aparición de poemas metaliterarios que, bajo la apariencia de pronósticos, aprovechaban su éxito para criticar el propio género (Padilla Aguilera) y el abordaje de cuestiones políticas de clara relevancia (Muñoz de Morales Galiana).

Sin embargo, como advierte Ricardo Uribe, los almanaques deben ser analizados con un enfoque diacrónico que no se detenga en fronteras político-religiosas, ni mucho menos en las convenciones historiográficas nacionales. Esta labor se lleva a cabo, de manera muy productiva, en el último bloque, “A la altura de otros meridianos”, donde se recogen seis estudios que los

abordan desde diversos horizontes geográficos y temporales, con el objetivo de establecer un marco europeo, es decir, de “esbozar una perspectiva comparativa y transnacional estudiando procesos ocurridos en otras lenguas y países, y desplazando hacia atrás y hacia delante el eje cronológico” (p. 14). Encontramos aquí análisis sobre los almanaques catalanes del siglo xvii (Miralles), los portugueses de 1758, que imitan el habla popular portuguesa de origen africano (Carolino), y los francoalemanes del siglo xviii, que recogen la larga historia de edición y el carácter transcultural de la figura del mensajero cojo (Greilich). Además, se ofrece una perspectiva transnacional sobre el uso y sentido de los almanaques para mujeres (Lora Márquez) y de los calendarios de pared (Uribe). Por último, el volumen se cierra, de forma muy acertada, con una documentada aproximación al nuevo modelo de almanaque que triunfó en el xix (Loyola López), donde se insiste en la relevancia de este periodo y en la necesidad de fijar el género y analizar su dimensión artístico-literaria, dejando la puerta abierta a “nuevas fronteras en las que otros habrán de internarse” (p. 15).

En la introducción, señaban los editores que “no es este el si-

no ni el momento de enumerar el conjunto de resultados que se han logrado, ni nos corresponde a nosotros evaluar sus logros. Hablarán por sí solos si es que tienen algo que decir” (p. 13). Sí lo tienen, los frutos de *Torres Villarroel y los almanaques...*, junto a los del resto de estudios del proyecto de investigación en que se inscribe, iluminan un camino que hasta ahora había permanecido en las sombras de la historia literaria, y que por fin empieza a ser comprendido y apreciado.

María Elena Muñoz Rubio
Universidad de Córdoba